Un viaje al mundo de la música clásica
de la mano del maestro español más internacional

A PRUEBA DE ORQUESTA

PABLO HERAS-CASADO

ESPASA

Pablo Heras-Casado

A prueba de orquesta

© Pablo Heras-Casado, 2018
© Espasa Libros S. L. U., 2018

Depósito Legal: B. 17.581-2018
ISBN: 978-84-670-5259-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com
www.planetadeloslibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Rodesa, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Índice

Y eso, ¿para qué? (pregunta de taxi) 11

1. Viaje a la infancia en un Seat 127 17
2. Más ruido, por favor 27
3. Un lugar para bailar 35
4. Un piano en el paraíso 41
5. Yin Christophers y yang Boulez 47
6. Bolos y más bolos 57
7. Mi OJA de ruta 61
8. Divulgar, no digas vulgar 67
9. La edad y el *jazz* 73
10. Barcelona *a capela* 77
11. Mainz vale tarde que nunca 87
12. Un español en París 91
13. Un intelectual como los de antes 101
14. La lentilla más rápida de la historia 107
15. Un sábado con Domingo 113
16. ¿A qué suena el presente? 121

17. Una jungla de asfalto 129
18. El «obrador» del frac 139
19. ¿Con o sin batuta? (dilema shakesperiano) 145
20. Sonidos de la cueva 153
21. *Big Five:* ¿te gusta dirigir? 161
22. Uno de cien (¿para qué sirve la música?) 175
23. Una entrevista sencillamente perfecta 181
24. De Berlín a Viena, pasando por Friburgo 185
25. Conciertos a toda vela 195
26. Tourmalet a Mahler 203
27. Carta al corazón (de Manhattan) 209
28. La «era Heras» en Granada 213
29. A Richard Gere le queda mejor el esmoquin 217
30. A prueba de orquesta 223

1
Viaje a la infancia en un Seat 127

Cuando la gente me pregunta por mis inicios musicales espera el relato de una infancia transitada de cantatas de Bach o marcada por el descubrimiento, a modo de epifanía, de una ópera de Mozart o una sinfonía de Mahler que cambian repentinamente el curso de los acontecimientos. Nada de eso llegó a ocurrir, aunque mentiría si dijera que mi niñez no estuvo colmada de música.

Tengo grabado a fuego en mi memoria el canto tierno de mi madre, una voz cálida y cariñosa a la que, sin duda, le debo mi temprano interés por la música. Nací en el seno de una familia humilde, hijo de un policía nacional y de un ama de casa. Mis padres no tenían formación musical ni tampoco afición por el repertorio clásico, pero nunca me faltó de nada para emprender, desde bien abajo, la ascensión a la cima de mi propia identidad. A lo largo de toda su vida, Pablo y Carmen hicieron un esfuerzo titánico para que mi hermana Miryan y yo lográramos alcanzar cualquier meta que nos propusiéramos.

Nací en 1977, en el corazón del Zaidín de Granada, donde pasé mi primer año de vida antes de que mi familia se mudara provisionalmente al barrio de Aluche de Madrid. Diez meses más tarde, destinaron a mi padre a Cataluña, así que volvimos a hacer las maletas y pusimos rumbo al norte. Hasta los siete años viví en el municipio barcelonés de Rubí para luego emprender el camino de vuelta a Granada, también por motivos de trabajo de mi padre.

Recuerdo perfectamente aquel viaje en Seat 127 por las carreteras de la época. El coche era minúsculo, pero aprovechaba hasta el último centímetro de su espacio, por lo que uno podía encontrar un cortaúñas, un clic o veinte duros en alguno de sus misteriosos recovecos. Al igual que le ocurría a Proust con su famosa magdalena, no puedo evitar asociar aquel vehículo con algunos capítulos de mi infancia.

El viaje de Barcelona a Granada debió de durar diez o doce horas, durante las cuales no dejaron de sonar en la radio algunos grupos de los ochenta: Nacha Pop, Danza Invisible, Miguel Bosé, Joaquín Sabina, Los Secretos, Mecano… En la guantera del coche mi madre guardaba varios casetes de música infantil, tipo Parchís y Enrique y Ana, como eficaz antídoto contra el famoso «¿cuándo llegamos?».

De vuelta al barrio obrero del Zaidín, no tardé en adaptarme a mi nueva vida. Llegué en mitad del curso de segundo de EGB, pero a la semana ya tenía mi propia pandilla. Hacía mucha vida callejera, deambulaba por ahí con eso que las madres llaman «malas amistades» y, bastante a menudo, me metía en líos con las autoridades locales.

Si mi primera infancia fuera una película, sin duda la habría podido dirigir algún maestro del cine quinqui. Quedaba con mis amigos por las tardes para colarnos en obras, hacer fogatas en casas abandonadas o conducir nuestras Vespinos a

la edad en que los niños aprenden a montar en bici. Visto hoy desde la distancia, se podría decir que el espíritu de la picaresca tantas veces invocado en aquellos días plácidos de mi infancia me abrió algunas puertas de la vida adulta.

Fue la señorita Encarnita, profesora del colegio Juan XXIII, quien percibió en mí cierta sensibilidad musical y se lo comunicó rápidamente a mis padres, que no tardaron en tomar medidas en el asunto.

Dos tardes a la semana acudía con otros dos niños mayores que yo a una minúscula y enmoquetada habitación del colegio, donde custodiaban un piano Yamaha vertical. Más tarde, mis padres me apuntaron a clases particulares en casa de la señorita Encarnita, que tenía un precioso piano Pleyel de finales del siglo XIX, toda una reliquia musical donde llegaría a tocar mis primeros *Estudios* de Chopin.

Durante las primeras clases, Encarnita me enseñó a sentarme, a colocar los pies, a mantener la espalda recta, los codos no muy separados del cuerpo, las manos relajadas pero siempre curvadas… Al principio me resultaba imposible controlar tantas variables, y hasta sentía mareos durante las clases. Era como el famoso «efecto ciempiés» del que habla el pianista canadiense Glenn Gould en sus memorias: cuanto más piensas algo, más posibilidades tienes de hacerlo mal. El ciempiés en cuestión paseaba contento por el bosque hasta que un sapo burlón le dijo: «Cuéntame, ¿en qué orden mueves las patas?». La pregunta le desconcertó tanto que se cayó exhausto en el camino, sin saber cómo volver a caminar.

Mi primer piano fue un Yamaha de pared que costó trescientas mil pesetas de la época. Mis padres lo pagaron letra a letra, de la «y» a la «a», a lo largo de veinticuatro eternas mensualidades. El sueldo de mi padre era bastante precario y no daba para lujos asiáticos, por muy musicales que fueran. Fue

aquel piano un regalo generosísimo y un esfuerzo, pero también una prueba de confianza: ¿se trataba de un capricho pasajero de un chaval de nueve años que soñaba con ser músico? El tiempo me terminaría dando la razón, pero lo cierto es que durante los diez años que tardé en acabar la carrera de piano no logré establecer un vínculo demasiado emocional con el instrumento. Eso no quería decir que no sintiera verdadera fascinación por algunas partituras, que no me emocionara con *El clave bien temperado* de Bach, que no disfrutara de las *Romanzas sin palabras* de Mendelssohn o que no me dejara seducir por la belleza oculta de los *Estudios* de Chopin. Pero sabía, intuía al menos, que mi verdadera vocación estaba en otra parte.

Reconozco que algo tuvo que ver el hecho de que el piano requiriera de una gran disciplina y largas horas de entrenamiento, sin las cuales no es posible que lleguen a manifestarse los primeros brotes de ese artista que todos llevamos dentro. No es que no fuera disciplinado, sino que toda esa metodología aplicada a la técnica del piano acabó frustrando mi curiosidad. Era un proceso demasiado lento para todo lo que me había propuesto aprender y experimentar. Aunque con el tiempo he llegado a estudiar partituras hasta desollarme los codos, en aquellos primeros años vivía la música de una manera absolutamente espontánea, liberado de los rigores académicos y del estrés por alcanzar nuevas cotas de virtuosismo técnico.

Jamás he sentido atracción por el lado oscuro de la música ni por el malditismo asociado históricamente a la personalidad de los genios de la música. Digamos que no era el chico más aplicado del Real Conservatorio Superior de Música Victoria Eugenia de Granada, ni tampoco el menos sociable de la clase. Para mí, la manera natural de expresar mis sentimientos era a través del canto. La voz era *mi* instrumento.

Nada más llegar al Zaidín me apunté al coro del colegio. En las horas de recreo me reunía con un grupo de chavales en la iglesia del centro, donde el profesor Rafael García, a los mandos de un órgano eléctrico, nos inició en el repertorio de la música religiosa más popular: nada de polifonía sacra ni canto gregoriano, sino canciones festivas y modernas al más puro estilo Concilio Vaticano II. Hace años que don Rafael se jubiló, pero todavía sigue acudiendo a mis conciertos en Granada y me saluda siempre muy cariñoso.

Después de participar como solista en varias comuniones —incluyendo la mía propia—, me inscribí con mi madre en la Asociación Músico-Coral Federico García Lorca, un coro *amateur* para todas las edades y niveles. Lo descubrimos por casualidad un sábado que salíamos de casa de mis tíos y, desde entonces, frecuentamos al menos dos veces por semana aquel pequeño local pegado al parque Almunia de Aynadamar. El ambiente era tan acogedor y familiar que, pasados los años, también se apuntó mi hermana. Allí descubrí la música del renacimiento tardío de Tomás Luis de Victoria y Orlando di Lasso e hice piña con un grupo de chavales de mi edad con los que salía a montar en bici los fines de semana.

A los quince años fui aceptado como miembro de la coral Ciudad de Granada. Era de largo el más joven de la formación, por lo que, después de los recitales que ofrecíamos, nadie se extrañaba al encontrarme en algún bar de la zona «tomando cañas» con mis nuevos amigos treintañeros. Fueron ellos los que me inculcaron el amor y la pasión por el repertorio antiguo.

Me acuerdo que un día, a la salida de uno de los ensayos, que alguien me pregunto qué iba a estudiar. Contesté que pretendía acabar la carrera de piano, estudiar Historia del Arte en la universidad y, si todo iba bien, poderme dedicar profesionalmente a la música.

—Ay, Pablito, qué ingenuo eres —me aleccionó uno de los chicos con displicencia—. Ya sabes que quien mucho abarca poco aprieta.

Preferí no reaccionar a su impertinencia, no ponerle en ridículo delante de sus amigos, pero reconozco que aquel «Pablito» fue como una espinita clavada en el corazón de mi orgullo. Y cada vez que me topo con alguna piedra en el camino me aprovecho del aguijonazo del «Pablito» para seguir demostrándome que puedo con todo.

En esa época podía pasarme horas escuchando en mi habitación las misas, cantatas y pasiones de Bach que grabó John Eliot Gardiner, así como otras obras magistrales interpretadas por los pioneros de la llamada «revolución de la música antigua» que defendían una nueva forma de interpretación de este repertorio basada en criterios historicistas mucho más fieles a las partituras originales.

En la era de U2, Madonna y los Pet Shop Boys, los integrantes del coro nos intercambiábamos discos de Christopher Hogwood, Philippe Herreweghe, Nikolaus Harnoncourt, Trevor Pinnock, Ton Koopman, Jordi Savall y otros directores a los que admirábamos muy por encima de los reyes del *rock* y las estrellas del fútbol, más allá de cualquier *celebrity* del momento, por carismática o talentosa que fuera.

Aunque el único concierto pop al que he ido en toda mi vida fue uno de Mecano en la plaza de toros de Granada, nunca me he considerado un bicho raro, un inadaptado ni tan siquiera un friki de gustos estrafalarios. Por la sencilla razón de que para mí escuchar música de tres o cuatro siglos de antigüedad era la cosa más normal del mundo. No lo hacía para aparentar, ni para ser aceptado, ni mucho menos para ligar —en cuyo caso el efecto habría sido probablemente el contrario—. Simplemente era lo que me gustaba y me sentía afortunado por

el hecho de tener acceso a una música de tan extraordinaria belleza sin tener que renunciar a una vida normal, llena de planes, amigos y mucha, mucha diversión.

Aunque siempre fui muy responsable, me gustaba salir por las noches como a cualquier adolescente. En la época en que me dejaba caer por ciertos bares de moda en Granada mis padres me esperaban en vela hasta las tantas de la madrugada para comprobar que había llegado sano y salvo. Era, como digo, un chico normal, algo gamberro y bastante juerguista, pero no pertenecía a ninguna tribu urbana. Como escribió Walt Whitman en uno de sus poemas, el «yo» inmenso de mi adolescencia albergaba multitudes.

Por la mañana me esforzaba en sacar buenas notas en clase, por la tarde cumplía a duras penas con mis obligaciones en el conservatorio y por las noches deambulaba por oscuros callejones con mi Vespino. Uno de mis placeres favoritos era comer toneladas de pipas despatarrado en las escalares del portal de mi amigo Nacho, con quien me escapaba algunas mañanas a hacer rutas en bici. Los sábados por la noche quedaba con mis compañeros del colegio para tomar unas cervezas y los domingos me encerraba en mi habitación para deleitarme con un buen surtido de polifonía española del siglo XVI: la música más pura y noble que jamás se haya escrito.

La vecina de la casa de mis padres no soportaba el más mínimo ruido, y llegó a hacernos la vida imposible cada vez que escuchaba una nota que hubiera salido de mi piano. En mi defensa debo decir que nunca toqué a horas intempestivas y que tampoco fui un estudiante modélico en cuanto a las horas dedicadas. Pero para evitar que la situación se complicara innecesariamente y que mis padres sufrieran más de la cuenta, opté por llevarme el piano a casa de mis abuelos maternos en Gójar, un pueblo cercano, de apenas cinco mil habitantes,

donde solíamos pasar en familia las vacaciones de verano y Navidad.

Siempre estuve muy unido a mi abuelo Nicolás. De pequeño me iba con él a recoger patatas o aceitunas en un tractor. Otras veces salíamos juntos de caza o me despertaba a las cinco de la madrugada para que le ayudara a abrir las compuertas del riego, porque el agua era más barata de noche y no estaba la economía familiar como para desperdiciar pesetas. Luego, sentados en una loma, disfrutábamos juntos del amanecer.

Mi vuelta al pueblo me permitió retomar la relación con mi abuelo. Cada día, hiciera frío, lloviera o nevara, iba y venía en mi Vespino para sacarme los exámenes de los últimos años. En cierta ocasión, una mujer mayor, amiga de la familia, me preguntó que para qué estaba estudiando —una especie de preludio a la pregunta del taxista: «Y eso, ¿para qué?»—. La señora tomaba la fresca a la puerta de su casa y yo acababa de aparcar la moto. Le contesté que no lo tenía claro, pero que pronto lo averiguaría. Sé que tiempo después esa señora se acercaría a la casa de mi abuelo para felicitarle por mis éxitos.

Aunque Nicolás no vivió lo suficiente para verme debutar al frente de algunas grandes orquestas ni tampoco para conocer al bisnieto que hoy lleva su nombre, sé que se sentía muy orgulloso de mí. Fue un hombre enormemente sensible y de fuertes valores. Siempre decía que lo que más le gustaba de mí era mi bondad. Él se había criado en el campo y había trabajado como cabrero desde los once años. Más tarde, emigró a Düsseldorf en busca de un futuro más próspero para su familia.

Cuando cenábamos juntos en la casa de Gójar, me contaba algunas anécdotas de sus doce años en Alemania. Yo le hablaba también de mis muchos planes y proyectos. Unas veces era un

concierto; otras, un viaje o seminario, pero siempre tenía algo nuevo que contarle. Que mi abuelo, un trabajador incansable que se había ganado a pulso todo lo que tenía, me animara a descansar un poco los domingos ha sido el mayor halago que he recibido nunca.